

Otro Precio

Otro Precio

Frans van den Broek Chávez

Escritor: Frans van den Broek Chávez

Coverontwerp:

ISBN: 9789402148718

© Frans van den Broek

I

El cadáver despedía un olor irreconocible. En todos sus años de policía no había visto nada semejante. Gente muerta de modo natural, o por heridas de cuchillo o de bala, pero jamás quemadas vivas. ¿Quién sería la bestia que había hecho esto? El cuerpo estaba colgado de un árbol, sus manos atadas a una cuerda por la espalda, desde donde pendía. La gasolina o kerosene no lo había quemado por completo. Su cabeza, inclinada hacia adelante, se había salvado del fuego, y por ello pudo Penadés saber que se trataba de un joven de unos veinticinco años, de aspecto sudamericano, más blanco que trigüeño, con una expresión en la que parecía decir que no comprendía, algo torcida por el dolor, pero plácida, como resignada a su destino. Un destino que tenía que haber sido horrible. Penadés confiaba en que le hubieran metido un tiro antes de quemarlo, pero no veía ninguna indicación de bala, lo que le llevó a la conclusión de que habría muerto por el fuego. O quizá no, también podía haber sobrevivido a las llamas y haber muerto por exposición a los elementos, de susto, de pánico, de tristeza, quién sabía. La misericordia de un tiro en la nuca. ¿Se habría escrito alguna vez una oda a la misericordia de las balas en el lugar correcto? Vaya especie, cojones. Dedicados a matarnos unos a otros, por cualquier razón. El inspector Penadés se acordó de sus años de estudiante universitario, cuando se discutían estas cosas, por el puro placer de discutir, sabiendo que a la larga no importaba, que nadie arriesgaría ni una pestaña en lo que se discutiera, que si el marxismo leninismo, que si el maoísmo, que si la resistencia pasiva, que si la invasión de Afganistán era imperialismo socialista o simple imperialismo, todas gilipolleces sin ninguna significación personal, juegos de niños bien que querían sentirse importantes formando su grupito de revolucionarios. *Homo homini lupus*, le había dicho un profesor en una clase. Eso era lo que éramos todos, lobos para los demás, o corderitos si todo iba bien. Pero bastaba poca cosa para que las cosas no fueran bien.

-Jefe, los del equipo técnico están aquí.

Penadés dejó de mirar al cadáver y atendió a su asistente.

-Que procedan, Mejía. ¿Qué le parece?

Mejía miró al muerto y frunció el ceño.

-Ajuste de cuentas, mi jefe. ¿Qué otra cosa puede ser?

Penadés pensó sobre ello un momento. ¿Por qué no un tiro en la nuca, joder, por qué la necesidad ritual de asesinarlo de ese modo, con humillación, con miedo, con sadismo? Tendría que averiguar de quién se trataba, conjeturar motivaciones de todo tipo, la venganza por celos, por política, por deudas entre mafiosos. Le sobrecogió el cansancio de pronto. Los últimos casos no habían sido resueltos y ya nadie confiaba en su nariz para los casos difíciles. Hace unos años se esperaba mucho de él, egresado con las mejores notas, con un par de cursos de estudios universitarios en filosofía que había dejado por simple decepción, poseedor de una mente desprejuiciada que eludía las rutas habituales y resolvía crímenes, pero desde aquella sucesión de intuiciones fallidas que dejaron escapar a dos traficantes y causaron la muerte de un compañero algo se había quebrado en su interior, algo parecido a la confianza en sí mismo, aunque más ínsito, un resorte que movía el alambique más primitivo de su alma, lo que antes le daba sustancia a su persistencia sobre la tierra y le conminaba a seguir estando vivo, como fuera. Y todo había pasado después de que te largaras, María Soledad, me jodiste la vida, coño. Ahora mismo le importaba todo una mierda, pero a la vez la expresión de este muchacho chamuscado lo interpelaba y había que seguir ganándose el pan de algún modo y los días eran tan largos que mejor era agarrarse a las tablas flotantes de los segundos y continuar pateando, hasta que uno se hundiera sin remedio y las aguas dejaran de existir, y las tablas y los tiburones y los cadáveres quemados desaparecieran de una buena puta vez para siempre.

-Ajuste de cuentas, Mejía. Puede ser. ¿Pero por qué? ¿Para qué tanto trabajo en martirizar a una persona? ¿Un psicópata?

-Este no es trabajo de una sola persona, inspector. Hay huellas de más de uno en el suelo.

-Que lo examinen bien, entonces. Podría haber estado drogado al traerlo aquí. Pero si al muchacho lo quemaron vivo, tiene que haber gritado como puerco y alguien tiene que haberlo oído, ¿no cree? Habrá que indagar si hubo testigos, aunque solo fuera auditivos. Habrá que publicarlo y pedir ayuda al público.

Penadés pensó que nadie respondería a un posible llamado público de ayuda, y que sus superiores no lo consentirían. ¿A quién cojones le importaba un posible desconocido? No se imaginaba al muchacho teniendo familia en España y hasta era probable que jamás supieran de dónde venía. ¿Quién iba a contar algo de su vida entonces? Penadés se sintió estúpido, como era habitual durante las últimas investigaciones, siguiendo una rutina idiota que sabía no lo llevaría a ninguna parte.

-De acuerdo, jefe, lo divulgaremos para ver qué nos reporta.

A gasolina y carne quemada y ropas viejas y sudor y miedo, sí, terror, pánico, las últimas fuerzas vitales empeñadas en sobrevivir, cada célula en estado de alerta, clamando zafarse del fuego, todos los humores del cuerpo arrebatados, supurando, a todo eso olía el cadáver, algo que jamás había olido y que lo mareaba y confrontaba. Voy a encontrar al hijo de la gran puta que te hizo esto, muchacho, tenlo por seguro,

y si no, que me quemen a mí o me quemo yo mismo, como los bonzos durante la guerra de Vietnam, porque sí, porque no hay otra forma de protestar contra la indignación de estar vivo, porque alguien tiene que quemarse por quien no tiene ni nombre ni perro que le ladre, porque no hay otra manera de asirse a las tablas y flotar como sea, muchacho, no la hay.

II

El acordeón interpretó de pronto una melodía antigua, que Fernando había escuchado alguna vez quién sabe cuándo, quizá en su niñez peruana, en una de aquellas mañanas de domingo en que su padre ponía discos y leía los periódicos, y él se dedicaba a patear la pelota en el jardín o a buscar bichos entre las plantas para atraparlos y verlos en el microscopio, y desde la sala se oía música extraña, distinta a la que escuchaban sus tíos o sus amigos, llena de melancolía y misterio, y que su padre había traído consigo desde la lejana Indonesia, de la que había tenido que huir tras la descolonización, y se sorprendió de escucharla ahora en Ámsterdam, tocada en la calle por un hombre de aspecto rumano o búlgaro, mientras él tomaba una cerveza en una terraza al lado de un canal junto a Nithya, su mujer, el último día de su visita antes de regresar a la India y dejarlo con el corazón rajado y anhelante, como la melodía que vibraba en el crepúsculo y en su memoria. Cuándo volveré a tocarle las manos, pensó, cuándo a besarla y abrazarla. Nithya tenía aun que pasar en la embajada el insólito examen de idioma y cultura holandeses que le permitiría unirse con él y vivir juntos en Holanda, y hasta entonces la misma soledad de tantos años, las mismas calles que ya no soportaba sin ella, las conversaciones diarias por Skype, el mismo deseo de tenerla a su lado de una buena vez. La memoria es laberinto semoviente, se dijo, al recordar su lejana vida de músico callejero, y se preguntó por qué ahora, después de tantos años, en otro país, en otra vida, le venía a la memoria su viejo amigo Tito, con quien tocaran juntos cuando vivió en España, y a quien no recordaba desde hacía tanto. A menudo veía músicos tocando por las calles sin que se lo recordaran, pero ahora le volvían la tez morena de Tito, su nariz aguileña y sus labios fruncidos que parecían predestinados a la quena, su sonrisa socarrona, su lenguaje zalamero e irónico. Le vino también el dolor de no haberlo visto más desde aquella última vez, más de veinte años atrás. Sería tal vez el crepúsculo de abril o la partida de su esposa o la melodía antigua lo que habría instigado la memoria. La cerveza de alta gradación, más bien. El reflejo de las luces en los canales, donde a veces caían carros, repetían los guías turísticos de los botes que pasaban por allí. La memoria es laberinto, sin duda.

El acordeonista dejó de tocar y se acercó a las mesas a pedir dinero. Tengo que darle algo, pensó. Pocas veces lo hacía, no sabía por qué. Se sentía en deuda con las personas que alguna vez le habían dado unas monedas durante su tiempo de músico ambulante, pero no lo hacía él mismo con frecuencia. A veces le daba vergüenza acercarse hasta donde se colectaba el dinero. Con mayor frecuencia le daba pereza, o

iba ocupado en otras cosas. El olvido nos gana, pensó, la negligencia también, la indiferencia, el egoísmo. En ocasiones el acto de caridad no es sino una forma de sentirnos bien con nosotros mismos, con lo que su valor espiritual se perdía, anegado en vanidad, reflexionó. Pero a este acordeonista le daría algo, pagaría de manera mínima la deuda que lo unía a gente que no vería jamás, a personas que acaso estarían muertas ahora mismo, que no recordarían haber sacado unas monedas de su bolsillo y haberlas tirado a la funda de su guitarra en el suelo, a aquellos que al pasar de manera rutinaria por el metro y escuchar una quena tocando en un pasaje una melodía andina le arrojaron sin pensar unas pesetas, a quienes se detuvieron en el parque del Retiro a escucharle tocar la zampoña o el charango y aplaudieron y hasta se alegraron y bailaron, a todos aquellos que sentía hermanados por la generosidad, la compasión, la indiferencia, la soledad del que camina y del que toca, a aquella invisible red que nos une de muchas maneras a todos y que lo hacía avergonzarse cada vez que omitía devolver el favor y que pasaba de largo, sin pensar, sin decir nada, sin aplaudir o siquiera pensar en los que se afanaban por sacarle unas monedas a la calle. A este acordeonista que casi de seguro no volvería a ver, le daría lo que tuviera, y le sonreiría y le añadiría a la red que nos sostiene hasta la muerte, aunque nadie la recuerde, aunque a nadie le importe.

-¿Fernando? Te fuiste –le dijo en su hermoso acento indio Nithya, trayéndolo de vuelta a sus ojos negros y a los canales de Ámsterdam. Fernando notó que el acordeón era Hohner, como el que había tenido cuando niño, como el que usaba todavía su tío.

-Disculpa Nithya, la melodía que tocó el acordeonista me trajo algunos recuerdos.

-Recuerdos tristes serían, por la cara que pusiste.

-No, no –se sonrió Fernando. Miró hacia el cielo, las primeras llamaradas de un hermoso crepúsculo-. Aunque tal vez. Siempre es un poco melancólico recordar el pasado, ¿no te parece?

-No, no me lo parece. Yo trato de olvidarlo por completo hasta donde puedo. Una vez conversamos de eso, ¿te acuerdas? Del remordimiento y el sentimiento de culpa y todo eso. Si tengo recuerdos desagradables, los olvido, los expulso de mi conciencia hasta donde puedo. Me arrepiento cuando tengo que hacerlo, admito mis faltas y voy para adelante. El pasado es una carga, Fernando.

-En eso tienes razón, Nithya, buena carga la que llevamos si uno lamenta muchas cosas, como hago yo. Tuviste la suerte de no gozar de una sólida educación católica, como me pasó a mí. Nada mejor para lacerar conciencias que el exquisito sentimiento de culpa que el catolicismo deja en quienes lo sufrieron de niños, al menos en Sudamérica. No sé cómo será en otras partes, pero a mí me dejó jodido. Perdón por la palabra.

Nithya se rio, sus dientes perfectos, la suave tez dorada formando unas líneas que Fernando había ya glosado en alguno que otro poema. Tan joven, tan hermosa. No se merecía tanta suerte, pero allí estaba, resplendente en la luz crepuscular, las ondas

de su pelo danzando en el leve viento del atardecer. El único problema era el temor a perderla, la obsesión por perderla. Pero la estaba venciendo, la cada vez más incisiva certeza de la muerte pasados los cincuenta. Nithya no entendería esto, nadie entiende la muerte en la juventud.

-No te olvides que soy cristiana. No seré católica, pero algo aprendí de culpas e infiernos.

-No sé cómo será eso de ser anglicano en la India, pero te aseguro que nada se parece a la habilidad católica para torturar conciencias. Si hasta estoy pensando demandar a la Iglesia por tortura mental sostenida e irracional. ¿Quién demonios les dio derecho a asustarme con el infierno y sus castigos eternos desde la más tierna edad? ¿Quién sería el sádico que inventaría la noción de pecado mortal para enseñársela a los niños de la grey católica? Creo que ya te conté que en mis tiempos era pecado mortal el tener malos pensamientos, sobre todo si incluían las tetas de la profesora o el culo de la vecina, que no faltaban en el repertorio imaginativo de todo niño peruano bien nacido. A mí me contaron la imbecilidad de que si uno tomaba la hostia durante la comunión habiendo pecado, se iba derecho al infierno, por haber tomado el cuerpo de Cristo en estado de impureza. Pues bien, entre el momento de la confesión, cuando uno se purificaba, y el de la comunión había unos minutos, por lo menos. ¿Conoces el experimento del Oso Blanco?

-Creo que lo he escuchado –respondió Nithya sonriendo. A Fernando le encantaba cómo sonreía cuando se embarcaba en alguna de sus tiradas. A Fernando le gustaba todo de Nithya.

-Eso era exactamente lo que me pasaba. Si le dices a alguien que no piense en el bendito oso blanco, ¿qué es lo que ocurre? Pues que va a pensar más en el oso blanco que si no le hubieras dicho nada. Lo mismo con las tetas de la vecina o la última masturbación infantil. Si uno se confiesa y se encuentra en peligro de pecado mortal por tomar la hostia habiendo pensado en tetas o culos, en lo que va a pensar es en tetas o culos, sin remedio. ¿Quién diablos le va a pedir a un niño de diez años el control mental de un monje budista? Así que no sé cuántas veces tuve que tomar la hostia en estado de pánico. Eso de meterse el cuerpo de Cristo en la boca habiendo imaginado a la profesora desnuda no es broma, créeme.

Nithya se ríe de nuevo y Fernando la sigue. Le gustaba conversar con ella, mujer inteligente y sutil, profesora de literatura inglesa, educada en colegio científico. Sintió que lágrimas le venían a los ojos: mañana se iría de vuelta a su tierra, y no la vería en muchos meses, hasta que pasara el puto examen. Ese era el precio de su suerte tal vez, el tener que sufrir las separaciones, las distancias. Su vida había sido un sucesión constante de separaciones, de su país, su familia, sus amigos, de su propia hija, de sus parejas. De los hábitos de su propia conciencia, pero a éstos los despedía con gusto, con alivio.

-Eres un exagerado, Fernando. Al menos tu educación te enseñó a creer en la divinidad. Pero no es eso en lo que estabas pensando, me imagino.

El acordeonista pasaba un vasito donde colectaba el dinero. No pudo oír el acento con que agradecía las monedas. Había tocado bien, con la habilidad de los músicos de esas partes de Europa, si es que realmente venía de allí. Una digitación ágil y despercudida, no restricta por cánones formales.

-No, mi querida Nithya, no es eso. La música me llevó a mi casa en Lima, a la música que oía de niño, cuando mi padre ponía unos discos extraños que había traído desde Europa o Indonesia, no sé. Y también me recordó mi pasado de músico callejero. Te he contado algo de ello, amor. ¿O no lo he hecho?

Nithya le miró cómo pensando qué decir. En ocasiones Fernando no recordaba si lo que había contado era a ella o a alguien de su pasado, o a algún colega. La memoria no funcionaba como antes, cuando podía repetir capítulos enteros de los libros de historia del colegio para el examen. ¿Así comenzaba el Alzheimer? Basta, Fernando, se dijo, ya bastante hipocondría has tenido en la vida como para revivirla ahora. Si la memoria se iba, pues que se fuera. Pero no le gustaba molestar a Nithya.

-Sí, amor, claro que me has contado algo de tu vida de músico –dijo después de unos segundos Nithya-. Pero no mucho, la verdad. ¿Qué cosa recordabas en particular? Ya te he dicho que me gusta la manera en que decidiste sobrevivir y quedarte en Europa como fuera. ¿Tuviste que tocar mucho por las calles, mi amor?

Fernando siente el alivio que trae constatar que no ha metido la pata. Han tenido problemas por el pasado antes, por cosas de las que no se deshizo que recordaban a su anterior pareja, y no quería instigar de nuevo tales malos momentos.

-Me acordé de mis tiempos tocando por las calles, amor, eso es. Pero en especial me acordé de un amigo sobre el que no creo haberte dicho nada, o tal vez solo mencionado.

El acordeonista se acercó por fin a su mesa y extendió el vasito musitando algo ininteligible. Fernando tenía ya preparado los dos euros que le daría. Dos euros para pagar haber sobrevivido cuando todo se fue al gran carajo en su juventud. Lata de alubias tras lata de alubias, había podido sostenerse a duras penas para no volver derrotado a su país, donde Sendero Luminoso causaba apagones a menudo, donde moría gente inocente, donde la inflación se había llevado la herencia de su padre en unos meses, donde su madre lloraba a diario por el hijo exiliado y por el marido fallecido y por las bombas y los muertos y los vivos.

-¿De dónde es usted, señor? –se atrevió a preguntarle Fernando.

El acordeonista musitó de nuevo algo ininteligible, como dando a entender que no comprendía. Y agradeció la moneda con un gesto de su cabeza. Fernando estaba seguro: venía del oriente de Europa, quizá de uno de aquellos países que se habían integrado recientemente a la Unión Europea, países donde el oriente y el oeste se mezclaban. En un impulso causado por la cerveza quiso abrazarle, decirle que lo comprendía, que se solidarizaba. No lo hizo, pero pensó que se estaba emborrachando. Se acordó de una ocasión en que se juntaron en casa de Manuel, el chileno artista, y en que Paco había traído un hachís excelente de Marruecos y bajo

sus efectos le había dicho a Tito que su amistad era bien bacán, bien chévere, que jamás se exigían nada, que se veían cuando podían y confiaban el uno en el otro y Tito había sonreído y le había mirado como atribuyendo sus palabras a la droga y el alcohol, y había seguido tocando la guitarra, y al final él se había emborrachado y no recordaba más, hasta que apareció tirado en una cama que no era la suya, con dolor de cabeza, con la certeza de que había dicho cosas ciertas, pero que no diría de no ser por la intoxicación. ¿Dónde estaría ahora? Dónde estás compadre, dónde te metiste.

-No importa, hermano –le dijo Fernando al acordeonista-, que tengas un buen día.

El viento empezó a soplar más fuerte y Nithya se acomodó el cabello en una trenza improvisada. Su cabello era una cascada negra y ondulante, se dijo, reprochándose el cliché. ¿Cómo decir algo nuevo del cabello de las mujeres indias que no se haya dicho antes mil veces mejor, desde que los mismos poetas indios alabaran la belleza de sus mujeres? Desde que tenía memoria y edad para pensar en estas cosas había considerado a las mujeres indias las más hermosas del mundo, y no sabía cómo es que había llegado a sentir de esta manera. No venían películas indias al Perú de su infancia, salvo excepciones, su biblioteca no había tenido enciclopedias con fotos, aunque había descubierto más tarde un Kama Sutra en alemán perteneciente a su padre. ¿Sería su parecido a las mujeres peruanas? ¿Cuándo había constatado dicho gusto por primera vez? ¿Sería cierto lo de la reencarnación? A quién le importaba. Allí estaba Nithya al frente suyo, sonriendo mientras se acomodaba el cabello.

-¿De dónde crees que venga ese músico, Fernando –le preguntó Nithya.

-Lo que tocaba me pareció de Europa del Oriente, mi paloma. Y su aspecto también me lo parece, pero en estos tiempos ya uno no sabe. Rumania, Bulgaria, de por allí.

-A mi universidad en Mysore venían muchos rusos. Pero se juntaban entre ellos, no les hablé jamás. Parecían más pálidos que este señor, eso sí.

-Así es, Nithya, los de Bulgaria o Rumania o por esas zonas tienen una historia más complicada. Diferentes culturas se mezclaron, por mucho tiempo Bulgaria perteneció al imperio Otomano, todo eso. Al final, todos somos hermanos, amor.

Fernando lamentó sus últimas palabras. Era lo que le pasaba con el alcohol, por poco que fuera: le venían los clichés sin contención. ¿Qué iría a decir después, si no se cuidaba? ¿Que la India era un país muy espiritual? Maya. Todo era ilusión. Todo fue una podrida ilusión, Tito, compadre. ¿Dónde te habrás metido?

-Amor, has puesto otra vez la misma cara de hace un rato.

-¿Qué cara, cariño?

-Como si algo te molestara, te entristeciera.

-No, Nithya, no te preocupes. Solo me entristece tu partida. Pero es verdad que la música de ese acordeonista me recordó algunas cosas de mi pasado, como te dije.

-¿Lo de tu amigo? ¿Qué pasó, Fernando? ¿Por qué te entristece?

Una gaviota se peleó con otra por un pedazo de pan que alguien había arrojado desde el canal. Nasty, brutish and short, eso había dicho el viejo Hobbes. ¿Cómo se traduciría? ¿Horrible, brutal y corta? Esa era la vida en estado de naturaleza. Maya.

-Fue mucho tiempo atrás, mi querida Nithya, décadas atrás, cuando jugabas felizmente con muñecas o corrías por las calles de Mysore. Tienes que haber sido una niña preciosa.

-Gracias, Fernando, pero cuéntame, si no te importa.

Fernando dudó. A pesar los años, de la distancia, aun se avergonzaba de haber tenido que pedir dinero por las calles, en lugar de buscar un trabajo decente y bien pagado. ¿Cómo había ocurrido? Por más que se lo hubiera preguntado muchas veces, no lo sabía. Una mezcla de ignorancia, estupidez, terquedad, deseo de aventura. No había nada de qué avergonzarse, se dijo. La vida no pasa según nuestros deseos, si es que realmente sabemos cuáles son. Solo tenía respeto por los músicos callejeros, algunos mejores que muchos famosos. Sin embargo, aun recordaba la vergüenza que lo invadía cuando tenía que pasar la manga y pedir dinero en las terrazas, en las calles. Orgullo, tal vez, simples prejuicios de peruano clase-mediano. ¿Qué pensaría Nithya realmente de dicha parte de su vida? Hubiera querido decirle que había estudiado en la universidad, luego conseguido una beca para doctorarse, luego un buen puesto académico, publicado muchos artículos y libros, ido a infinidad de congresos y conferencias, que tenía un buen patrimonio invertido de manera segura, pero nada de eso era verdad. Su vida había sido cualquier cosa menos el seguimiento de un plan profesional. Había sobrevivido, sin embargo. Había conseguido títulos y un buen trabajo ahora, mediocre, pero decente. Ya no tocaba por las calles, como aquel acordeonista, quizá entrado en los sesenta. Pero incluso lo que había conseguido a trancas y barrancas podría haberse ido al demonio hace unas décadas. Se lo contaría todo. Que lo juzgue como quisiera, pero tenía que saberlo. Se lo debía.

-No me importa, Nithya. Te lo voy a contar, pero espero que no te aburras. Déjame pedir una Maredsous y te cuento.

-Pídeme un vino blanco también, Fernando. La tarde está hermosa.

-No más hermosa que tú, Nithya-. Otro cliché. Tendría que soportarlos. Quizá la vida era un enorme cliché en más maneras que una. La tarde era hermosa, en verdad.

III

Escuchó pasos a lo lejos, en la dirección de la colina. No sería él. El Maldito venía siempre por el lado del pueblo, y su ebrio tambaleo era reconocible. ¿Sería su madre, regresando ya de la casa de doña Otilia? Le había dicho que no fuera, que se quedara con ella, que tenía miedo de la oscuridad a solas, pero no podía decirle la verdadera razón, porque se molestaría. No podía contarle el horror que le causaba que regresara el Maldito, borracho como siempre, y la encontrara sola en su cuarto, como había ocurrido otras veces. No podía contarle que entonces bramaría pidiendo su comida y que al darse cuenta de que su madre no estaba, se dirigiría a su cuarto, forzaría la puerta, que solo tenía un pequeño clavo de tranca, se sentaría en su cama y empezaría a decir baboserías, mientras sus manos se deslizaban debajo de la frazada y empezaban a toquetearla, sin premura al inicio, luego de modo más apresurado y urgente, y le decía que no fuera mala, que le hiciera cariñitos a él también, que ya sabía cómo era su madre de dura y distante con él, que no tenía a nadie que lo quisiera, y luego se empezaría a enfadar por su silencio y su miedo, y se enfadaría más y más y le pegaría, y ella tendría que encogerse en la cama, que hacer de la manta una coraza protectora, que correr hacia el jardín cuando los golpes le dolían ya demasiado y seguir corriendo hasta los campos de maíz, y correr y correr hasta no poder más, y pedirle a Dios que la disolviera en la negrura de la noche, que le mandara un rayo que la calcinara y la hiciera polvo que se llevaría el viento de los Andes, y lloraría hasta cansarse y volvería como si tuviera rocas en los pies, y encontraría al Maldito tirado en el suelo o en su cama, y a su madre tejiendo o afanada en la cocina, y la castigaría por salir de casa tan tarde y le diría que seguro que andaba por allí haciendo mañoserías con los vagos esos que eran sus amigos, y le preguntaría por los moretones, y ella inventaría algún accidente por los montes o una caída de la moto del Juan cuando la llevaba al colegio, y se iría a dormir no queriendo despertar jamás y deseando la muerte del Maldito y largarse de allí en cuanto terminara sus estudios y pudiera dejar ese pueblo que la sofocaba, que la condenaba a la humillación y el terror.

Escuchó el ruido de nuevo y la atenazó la ansiedad. ¿Y si fueran verdad todas esas historias de bandas de ladrones que se hacían pasar por guerrilleros y venían a los pueblos a robarle todo a la gente, a violar a sus mujeres y masacrar a los hombres, todo en nombre de no sé qué revolución? No parecían pasos de mucha gente, sin embargo. Tenía que ser su mamá, tal vez cansada de los chismes de la Otilia, que se sabía la vida de todo el pueblo, y que luego le contaba a ella mientras cocinaban.

Ojalá que fuera ella. Un perro ladró en alguna casa vecina. El Rintintín, parecía. Bonito perrito, saltarín y juguetón. Algún día tendría un perro también, un labrador quizá o un Gran Danés, para que la respetaran adonde fuera con él, y una casa y un marido que la quisiera como era, con sus lloriqueos y sus rabetas, y que la tratara bien, como la había tratado su papá hasta que lo mató el poste de metal que le cayó en la cabeza mientras trabajaba en la construcción esa que no sirve para nada, con muchos besos y achuches y risas. Su papá, que la llevaba al campo a correr, a comer al lado del río, a las ruinas cercanas donde se veían calaveras que nunca supo si reían o gritaban de pavor y que siempre le decía que estudiara, que él se rajaría el lomo por darle una educación que la llevara lejos de ese pueblo atrasado y le permitiera trabajar en algo decente, no como él, sudando de albañil a las órdenes de bestias que solo sabían gritar y abusar. Nunca te amilanes ante nada, Leticia, jamás, le decía su padre. Nunca dejes que nadie te domine o abuse de ti, siempre piensa que todos somos iguales ante los ojos de Dios, como dice el padre Antonio. Nunca dejes que nadie te diga que no se puede, que hay que resignarse, ser realista, jamás. Ya pondré mi propia empresa y verás cómo nos vamos a otra parte todos y vivimos en una casa mejor, y estudiarás y te casarás con un hombre bueno, que te respete, Leticia. Pero la empresa propia se quedó en el barro de la construcción, donde lo encontraron, aplastado por un poste que se había soltado mientras trabajaba, y justo cuando se acababa de quitar el casco para secarse el sudor, lo que hizo que la empresa jamás pagara compensación alguna por hacer trabajar a sus albañiles en condiciones inseguras, pues la culpa era de él mismo, por quitarse el casco, por contravenir las reglas, por la mala suerte que hizo que su familia cayera en desgracia, obligando a su madre a trabajar en lo que fuera y a aceptar al monstruo con el que se había juntado, para no quedarse sola con una hija a la que alimentar y la vergüenza de no haberse casado nunca en un pueblito perdido donde todos lo sabían todo de todos.

Otra vez el Rintintín, ladrando a alguien o a la luna, quién sabe. Sería su madre, tenía que ser. No aguantaría más otra noche siendo abusada por el Maldito. Había pensado en contárselo al policía de la esquina, pero era compadre de Benito y seguro que la acabaría castigando a ella por quejosa y no le creería. Después de todo, el Benito era profesor retirado y hombre probo de la comunidad, un ejemplo. Un ejemplo de basura humana, se dijo Leticia, aprovechándose de su reputación para hacer lo que hacía. ¿Y cómo decírselo a su madre sin que le partiera el corazón otra vez, sin que la terminara castigando a ella por mentirosa? Tenía que hacer lo que le había dicho la Teresa, darle una patada en los huevos con toda su fuerza, defenderse como gata, no dejarle ni hablar cuando se acercara. Leticia pensó en llevar un cuchillo consigo a la cama, en herirle la mano cuando se pusiera a tocarla. Recordó las fantasías que tenía de meterle el cuchillo en el mismito corazón, pero tuvo vergüenza de esas ideas y quiso llorar. Déjate de pensar tonterías, se dijo, tiene que ser mamá. Ya se le pasaría la costumbre al Maldito ese, cuando se dé cuenta de que no conseguiría lo que quería o cuando hiciera lo que aconsejó la Teresa y lo dejara con los huevos hinchados una semana. Si al menos tuviera zapatos de tacón, para

meterle el taco hasta donde entrara. Tranquila, Leticia, no era el Maldito, era tu mamá.

IV

-Compadre, me tenía que levantar a las cinco de la mañana a trabajar, con un frío de mierda. Ya sabes cómo es el clima en la sierra. A esa hora hay helada, puta madre.

Mientras decía estas palabras Tito se abrazó a sí mismo, como reviviendo el frío de la campiña huancaína donde había crecido. La Plaza Mayor de Madrid estaba desierta a esa hora. Empleados de los bares arreglaban las mesas para los clientes. Uno que otro turista despistado se paseaba por la Plaza. Fernando recordó la gracia que le había hecho un turista japonés la noche anterior, caminando entre la gente como desorientado y extático, quizá lleno de vino español del malo, una sonrisa empastada en su rostro juvenil, sus gafas a media nariz, al borde del Satori. ¿Qué hacía por allí solo? Por lo común viajaban en grupos tan cohesivos como una falange romana, pensó. Sería algún estudiante en intercambio. O quizá ni siquiera sería japonés, sino coreano, o chino, o malasio. En su vida había visto mucha gente de origen japonés, sin embargo, amigos, compañeros de clase, conocidos. Ahora hasta el Perú tenía un presidente de origen nipón. Sería japonés. Tendría que haberle hablado, por simple curiosidad. Su maldita timidez. Tito habló de nuevo.

-Ya estás pensando en los huevos del gallo, compadre. Te he dicho muchas veces que tienes que ir a algún brujo de mi tierra para que te cure el espanto. Eso me decían a mí siempre que me distraía, que me iban a llevar adonde la ñorsa Eleuteria, que te pasaba el alumbre y te sacaba la cojudez.

Fernando se rio. Con frecuencia se reía no de las cosas que decía Tito, sino de la forma en que lo hacía, con la sorna y la picardía de los pendejos peruanos. Hablaba rápido, con seguridad y propiedad lingüísticas que ameritaban una carrera en la política, no el puesto burocrático al que aspiraba al terminar su carrera de ciencias políticas.

-Y usted siempre interrumpiendo mis profundas meditaciones metafísicas, compadre. ¿Qué tienes en contra de los huevos del gallo? Es un problema de índole evolutiva que merece toda la atención de la ciencia. A propósito de huevadas, ¿por qué carajo nos hemos citado aquí tan temprano? Hace frío a estas horas.

-Eso te estaba diciendo, compadre, que este frío matutino me recordaba al de mi tierra cuando tenía que salir a trabajar de chibolo a sacar a las vacas, a preparar los trabajos de los peones, a ensuciarme hasta la nariz con el barro de las acequias que

tenían que limpiarse. Jodido mi viejo, carajo. Me llevaba a trabajar con él desde que era un chiquillo.

-No se me desvíe, coño. ¿Quién decidió venirnos aquí a las ocho de la mañana del sábado? Me dio tu mensaje a medias la Lynn, hermano, que ni entiende bien el español. Me imaginé que el Raúl nos citaría aquí para ir a algún contrato en las afueras de Madrid, pero solo te encuentro a ti tiritando y hasta ahora no me has dicho qué hacemos aquí.

-Disculpa, compadre, no pude evitar recordar, como quien no quiere la cosa, mis madrugadas patrióticas en medio de la helada andina, antes de conversar de asuntos más triviales. El Carlitos, huevón, ese nos citó aquí. Me llamó anoche y te llamé al toque, pero solo encontré a la gringa esa que usted no se quiere cachar de puro maricón, confiando en que le daría el mensaje.

-Te he dicho muchas veces que la Lynn es lesbiana. No me di cuenta hasta ahora, pero lo es. Me lo hizo ver el Alberto, aunque soy tan cojudo que tenía que haberlo notado mucho antes. Tiene su cuarto lleno de fotos de mujeres en cueros, y yo que pensé que se trataba de fotos artísticas. Pero no estamos hablando de mi vida sexual, carajo, que es miserable. ¿Para qué nos ha citado el Carlitos tan temprano y dónde se ha metido?

-Dijo que venía con el Pablo, el que toca la guitarra con sus disonantes, compadre. Medio ido el loco, pero tiene buen ritmo, aunque no sigue mucho los huaynos.

-Muy bien, pero ¿por qué tan temprano?

-Dijo que era mejor bien temprano para conseguir buen sitio en las terrazas. Que con el Pablo íbamos a ganar buena gaita, así que mejor estar primeros, cuando los turistas todavía tienen ganas de dar algo. Si dejamos que los gitanos esos o el flamenco ese de la gran puta se nos adelante, perdemos la oportunidad, ya sabes. Sobre todo el flamenco, que toca lo mismo en su guitarrita por dos horas, hasta que no lo sacas a patadas.

-¿Pero a las ocho, compadre?

-El Carlitos es nervioso, Fernando. Demasiados porros, creo. Y está más ahorcado que el tesoro público peruano. Dice que lo van a echar de su cuartito si no paga en unos días.

-Carajo, bien podría haberse venido él a coger el turno y nosotros veníamos más tarde.

-¿Y cómo iba a mantener el turno? Su quenita no da para mucho, hermano.

-Bueno, a ver si viene el cojudo y cogemos de una vez el turno. Todavía no ha venido nadie, por lo que veo. ¿Por qué no vamos a sentarnos a la estatua para que quede claro que llegamos primero?

Tito miró en dirección a la estatua y frunció la boca. En realidad, frunció toda la cara. No le gustaba juntarse con los mendigos y colgados que pululaban por allí.

-Compadre, usted es peor que pequeño burgués. Usted le ha declarado la guerra al lumpen. Son seres humanos también. Hablan y sonríen y cagan.

-Serán todo lo humanos que quieras, pero eso no es garantía de calidad, compadre. ¿O es que ya se ha olvidado de sus estudios de sociobiología? Hay gente que no tiene los genes apropiados, hermano. Mejor esperamos aquí, en esta esquina que está un poco más caliente.

-Le salió el nazi, compadre. Acabar en la calle, borracho y perdido, le puede pasar a cualquiera. Además, uno aprende de quién sea.

Tito exhaló aire, como diciendo que Fernando hablaba tonterías. Era verdad. Los colgados de la Plaza Mayor eran insoportables, como el pesado ese que se ponía a bailar enfrente del grupo, con su blue jean zarrapastroso y los labios ennegrecidos por el vino, sin ritmo alguno. ¿Cuántas pesetas perdían por sus intrusiones? Se lo habían dicho tantas veces, que bailara detrás de ellos todo lo que quisiera, pero que no jodiera el espectáculo, pero nada, allí estaba él, asiendo su botella de tinto ácido y dándose las de gracioso. La droga ablanda el cerebro, no cabe duda. Pero nadie estaba a salvo de ese destino. Nadie. Allí estaba él, pasando la manga, hijo de un gerente en el Perú, egresado de universidad privada. A nadie lo respetaba la muerte o la pobreza o la enfermedad. Tenía razón el Buda. A nadie.

-Siempre con tus acusaciones tan arteras. Nada de nazi, compadre. ¿Quieres sentarte al lado de los colgados? Vamos, pero tú les hablas. A mí ya me llegaron al pincho con sus cojudeces.

Eso era lo que más jodía. Las tonterías que decían todo el tiempo. Por la entrada de los calamares, como la llamaban, apareció la alámbrica figura de Carlitos, fumando un cigarrillo. O sería un porro. Fernando se preguntó cómo es que permanecía vivo alguien tan delgado. ¿Cómo se sostenía el organismo con tan poca carne o grasa?

-Carlitos, carajo, al fin te presentas. ¿No ibas a venir con el Pablo? –dijo Tito al darle la mano.

-Viene más tarde, el gilipollas. Anoche se quedó hasta tarde por la calle y tiene resaca.

-La puta que lo parió, Carlitos. ¿Y nosotros qué? ¿No podemos también estar resaqueados y con ganas de mandar al universo a la mierda? –respondió Tito, con inusual dureza.

-Ya, ya, no se peleen. Hola Carlitos, tanto tiempo sin vernos. ¿Cómo estás? Se te ve sano y fuerte –bromeó Fernando.

Se le veía cualquier cosa, menos sano. Sombras siniestras se expandían por su rostro desde sus ojos de venado herido. El pelo desordenado y corto parecía no haber conocido el champú desde hacía semanas. Por aquí y por allá, algún granito de acné parecía exprimido a la mala. Qué estabas haciendo con tu salud, Carlitos.

-Ja, ja –algo parecido a la risa emergió de sus pulmones y cuerdas vocales, no sin un sonido rasposo y desconcertante-, muy sano, sí. Tengo un dolor de muelas, carajo, y no me ha dejado dormir. ¿Cómo estás, chaval? ¿Te saqué de la cama demasiado temprano?

-No te preocupes, Carlitos. Mi cama está desfondada de todas formas, así que no hay quien duerma en ella. ¿Qué hay para hoy?

-El Pablo se nos junta compadre, y quizá viene un chaval que toca el charango. Así que si somos varios podemos hacer buena pasta. Además, ayer pasé por aquí para ir a mi casa y estaba lleno de turistas, aunque todavía hace frío. Había muchos japoneses y esos ponen bien en la manga.

El japonés de anoche tiene que haberse extraviado de alguno de esos grupos, pensó Fernando. Un rebelde tal vez. Un desadaptado, un futuro hara kiri. Quizá no era ni japonés, se repitió.

-¿Y qué te hace pensar que habrá mucha gente también hoy, Carlitos? ¿Premonición, clarividencia? –dijo Tito, sonriendo con sorna.

De nuevo aquel sonido liminal, entre la enfermedad y la salud, la especie humana y algún ancestro inclasificable, pensó Fernando. Este Carlitos se nos va pronto. Si sigue fumando así se nos va. Tengo que dejar de fumar, se dijo, tengo que dejar de malograrme.

-Ja, ja –carraspeando, tosiendo-, no seas malo, compadre. Te digo que va a haber gente. La estación de turismo ha empezado. Hoy regresamos ricos a casa, chavales. Pero hay que coger el puesto ya, y hacer turnos para seguir tocando.

-Vamos entonces de una vez a hacer acto de presencia, antes que se aparezca el blando ese del guitarrista flamenco. Estoy hasta el copete del concierto de Aranjuez y las flamencadas esas con las que aburre a la gente –dijo Fernando.

-No creas, compadre –dijo Tito-, allí donde lo ves, el huevón se lleva buena plata a su casa. A la gente le gustan esas melodías y las reconocen.

-Toquemos entonces el Cóndor Pasa sin parar, carajo. Esa sí que la reconocen donde sea. Seguro que si vas a Júpiter, te reciben con el Cóndor en muzak –dijo Fernando.

-Tanto hablar, vamos a perder el turno –advirtió Tito.

-A esta hora, solo están los colgados, chavales, por eso los cité temprano –dijo Carlitos, mientras buscaba algo en su bolsillo-. Joder, me olvidé mi papel de fumar.

-¿Te vas a meter un porro a estas horas, Carlitos? –dijo Fernando, con cautela. No quería parecer paternalista.

-Es el mejor porro del día, chaval. Después ya no se siente igual.

-¿Pero a estas horas no te tumba, hermano? Yo me meto un porro ahora y me tienen que llevar al hospital.

-Estoy acostumbrado. Sin porro como que las cosas no tienen brillo, chaval. Me aburro o me siento deprimido. No se te ocurra jamás acostumbrarte, Fernando, es una mierda estar enganchado –dijo Carlitos con genuina tristeza.

Fernando sintió compasión. Por un instante quiso darle una palmada en el hombro, pero se contuvo. No tenía que decirle lo que era consumir demasiado. Su cerebro lo recordaba con claridad.

-Tengo que ir a comprar papel, chavales. Vayan al monumento y espérenme allí, hay que tomar el turno.

Fernando y Tito caminaron con lentitud hacia la estatua, donde ya había alguien sentado. Parecía el Pintas, el bailarín sin ritmo. Decían que venía de buena familia, de Andalucía, y que la mala vida lo había llevado a esa situación, se acordó Fernando. Hasta había estudiado algunos años de universidad, literatura. Se sabía un par de poemas de memoria que siempre recitaba cuando estaba borracho. Un pesado, de todas formas. La de veces que lo había arrinconado para hablar tonterías sin parar. Y él que no se atrevía a decirle que se fuera a dormir y lo dejara en paz. La maldita manía de escuchar y complacer a la gente. ¿Cuándo iba a aprender a decir que no, a arriesgar que lo mandaran al carajo si la situación lo requería? Solo cuando estaba enfadado lo conseguía. La idea de pasar el día entero al lado del Pintas le indujo un desánimo cercano a la depresión.

-¡Cabrones! –gritó el Pintas, a todo pulmón. Ya parecía borracho-. Benditos los ojos que los ven.

El Pintas tenía, no obstante su pesadez, cierta gracia para decir las cosas, a la manera andaluza.

-Hola Pintas –respondió Tito-, ¿qué haces aquí tan temprano? ¿No tienes que ir a la oficina?

Fernando se encogió. Era broma pesada. Su oficina era el monumento y lugares parecidos. Jamás le habían preguntado dónde dormía. Solía ir también al parque del Retiro, y les había arruinado alguna que otra tocada los domingos. Tito debía estar harto de él.

-Ja, ja –se oyó la carraspera de Carlitos-. Marcando tarjeta, el Pintas.

-¡Qué cabrón el Tito! –replicó, alegre, el Pintas. Al parecer era impermeable al sarcasmo-. Uno que viene a guardarles el turno y todavía me asocian con los robots esos que se ponen su traje y se van a hacer el idiota a los bancos y las oficinitas de las compañías. Todos unos ladrones, tíos. Se meten la pasta al bolsillo y no hacen nada.

Tito se sentó en las gradas del monumento, abrazándose aún por el frío. Ya vendría el sol dentro de poco. Solo había otra persona sentada en las gradas, algún otro destechado que no conocían.

-Así me gusta, Pintas, que mantengas el tipo siempre. Y guárdanos el sitio para la otra terraza, Pintas. Hoy viene Pablo y queremos romper todos los récords. Si hacemos buena manga, te compramos una botella de buen vino, no como el vino peleón que te perfora el estómago.

-Así se habla, Fernando. No os preocupéis, me voy a guardaros sitio en la otra terraza, pero vienen muchos músicos, tíos. El otro día tuvieron que esperar por horas los gitanos para poder hacer las gilipolleces que hacen con su cabra. Y con cabra y todo se cabrearon y casi se lían a hostias con unos ecuatorianos que no sabían de los turnos y se metieron sin preguntar.

-¿Ecuadorianos? Lo que faltaba, carajo. ¿Cuántos eran, Pintas? –dijo Fernando.

-Unos cinco, Fernando. Tocaban bien los ecuatorianos –dijo el Pintas-. Todos llevaban trenza. Pero no creo que vuelvan, algo les oí de que seguían viaje a Francia y a Alemania a manguear por allí.

-Puede ser. Eso son de Otabala o como se llame esa parte de Ecuador –dijo Fernando, mirando el sol que se metía por la plaza de a pocos-. Sacan pasta esos cabrones tocando por toda Europa. Y no gastan ni un cobre, compadres. Se meten todos en un cuarto, apachurrados como pollos en gallinero, y comen pan y agua. Así regresan a su país cargados de guita para sus familias, hasta el próximo año. Aparecen por esta época y se quedan hasta noviembre. Algunos hasta vienen con equipos electrónicos para tocar en la calle, amplificadores, micrófonos, y todo eso. Y venden casetes compadres. Vi un grupo de esos tocando en París.

-Eso tendríamos que hacer nosotros también, carajo –se anima Tito-. Con los casetes se gana más dinero que con la manga.

-¿Cómo sabes? ¿Y si nadie te compra? ¿Te quedas con una carga de casetes inútiles para regalar a la familia? –dijo Fernando.

-Usted siempre tan pesimista, compadre. ¿Le faltó teta de niño o le falta ahora, para ser tan agrio? Probablemente ambas cosas, me imagino.

-De lo primero no sé, aunque mi madre me dijo que muy pronto ya no quería mamar y me pasaron a la botella –dijo Fernando.

-Habrá sido botella de rón y te jodió el hígado –replicó con rapidez Tito-. Y de lo segundo, en efecto, te falta mujer, ¿no es así? Con esa actitud quién carajo va a querer meterse contigo.

-Gracias por darme ánimo, hermano. Pero tienes razón, compadre, la puta que lo parió. A punta de pajazos nomás me mantengo. Ya son años de celibato forzado.

-Ese es el problema, pues, joder –intervino el Pintas, con aire de sabio-. No se puede estar así, Fernandito, se te estropea el cerebro. Un buen polvo ayuda y estimula.

¿Y tú de dónde sabes, Pintas?, pensó Fernando. Lo observó con más atención: no le faltaba atractivo, la verdad. Un rostro clásico, de nariz larga e inquisitiva, la mandíbula fuerte, ojos de un color impreciso, entre el azul y el gris, dientes

alineados y aun blancos, a pesar de la mala vida. Pero qué te pasó, Pintas, dónde se te torció el camino. En lugar de aconsejarme, debieras estar buscando trabajo, terapia, consuelo. ¿Sin embargo, quién era él mismo para criticarlo? ¿No acabaría como él algún día no muy lejano?

-No creas que no lo intento, Pintas. Pero busco mal o tengo que cambiarme de desodorante, pero siempre acaban rechazándome. Soy demasiado tímido y cojudo.

-Colega, hay maneras de solucionarlo sin necesidad de rechazos –se rio el Pintas-.

-No, compadre, no me gusta pagar por diez minutos de mete y saca, no puedo.

Fernando se acordó de sus pocas experiencias con prostitutas, todas deplorables. Al final, no podía. Ni se le paraba cuando estaba frente a una. Sencillamente, no podía.

-Hay que ver lo sofisticados que son algunos, pero todo se respeta, colega. Para eso somos diferentes. Mirad, allí vienen los gitanos –dijo el Pintas.

Por una de las esquinas de la Plaza Mayor aparecieron los gitanos, con su cabra y sus aparejos. A Fernando le caían bien, aunque les quitaban manga. Había conversado algunas veces con el señor mayor que parecía dirigirles. Eran unos cuatro o cinco, y hacían malabarismos, tocaban la trompeta, hacían a la cabra trepar a una escalera. Fernando no entendió jamás en qué consistía el espectáculo, pero no se iban de la plaza sin algunas pelus con que poner la olla, como decía el señor.

-Carajo, también viene el cojudo ese del sombrerito –dijo Tito.

-¿Qué pasa con él? –dijo Carlitos, quien había vuelto y se liaba un porro.

-Es belicoso, el puta. Creo que a ese sí que le falta un polvo. Como buen adolescente, no sabe dónde poner las hormonas –dijo Tito.

-Con tal que no las ponga en la Plaza, que haga lo que quiera –dijo Fernando, sentándose en las gradas del monumento-. ¿Quién va a hablar con ellos para decirles que estamos en la cola y que respeten el turno?

-Déjame a mí, Fernando –respondió Tito-. Conmigo no hay gitano que pueda.

Tito se dirigió a los gitanos y se detuvo en medio de la plaza para hablar con ellos. Los gitanos parecieron querer argüir algo, pero Tito continuó hablando y sonriendo, y movieron la cabeza afirmativamente. Siempre se pasaban de la media hora, pensó Fernando. Que se pasaran. A ellos seguro que les iba peor que a él. Peor incluso que a Carlitos, que a los otros desheredados que pululaban por allí. Les iba mal tal vez por cientos de años, desde que decidieron, quién sabe por qué, dejar la India y hacer vida nómada por el mundo, perseguidos quizá ya desde entonces, deseosos de nueva vida, curiosos, inquietos, incomprensibles para los demás. Este mundo es lugar extraño y desapacible para tantos, pensó. Para él también, a veces. Ahora, por ejemplo, en que sabía que tendrían que tocar por horas, que pasar la manga, que pelearse con los otros músicos, que esperar por horas a que tocaran, que moverse a otros lados y comer cualquier cosa por allí.

Tito volvió satisfecho de su conversación con los gitanos. Sabía ganarse a la gente con su sentido del humor, el que asimilaba los de otras culturas, según había visto Fernando. A él todavía le costaba interpolar modismo, palabras, jerga de España en su habla. Tito navegaba los océanos lingüísticos del español como Magallanes el mundo. Hasta chapurreaba su inglés si era necesario. Tito les dijo que los gitanos esperarían su turno sin problemas y que hasta les ayudarían con la manga, a cambio de un pequeño emolumento. Así lo dijo Tito, con su afición por las palabras pomposas. Le recordaba al cholo Berrocal. ¿Dónde estaría el cholo ahora, justo cuando lo necesitaba, cuando sentía venir la depresión? Un congreso, le había dicho. Pero él sabía qué era eso de un congreso. Una manera de conocer universitarias en busca de guerra, le había dicho. Y todavía con toque intelectual. Pendejo, el cholo. Quien no fuera como él.

Los turistas empezaron a llegar a las terrazas y el sol empezaba a calentar. Fernando buscó en su mochila las zamponas y quenás. Una de las zamponas necesitaba una buena reparación. Le pediría a Carlitos un poco de cinta adhesiva. Y tenía que meterles alcohol a las cañas pronto, ya sonaban como bambú quebrado. Tito tenía la guitarra y Carlitos su quena. Al charango le faltaban cuerdas y estaba medio arqueado, por lo que no habría charango hoy. Una pena, pues hacía mucho ruido y atraía la atención. “Mira esa guitarrita, María, mira qué bonita”, le había oído decir a una madre un día. No faltaban quienes se acercaban a preguntarle por la guitarrita, a veces mujeres bonitas que le hacían ruborizarse y a las que no sabía cómo hablar. Maldita timidez. Tendría que haber traído el charango de todos modos, aunque no fuera más que para llamar la atención.

-Bueno, muchachos, dejen de rascarse los huevos y a empezar –se desperezó Tito, quien se había acomodado en una esquina para recibir los rayos del sol en plena cara.

-¿Y el Pablo, carajo? –dijo Fernando, algo irritado.

-Ya vendrá –respondió Carlitos, con un poco de vergüenza. Se había conseguido papelitos de fumar y liado un porro hacía un tiempo. Se dispuso a encenderlo.

-Ese cojudo siempre se queda dormido y nos deja tirados. Y después pide manga como si hubiera tocado todo el tiempo.

-Ya vendrá –repitió Carlitos, inhalando la primera bocanada de espeso hachís.

Los asesinos, pensó Fernando. Lo había leído en alguna parte, que el nombre venía del hachís que consumían los hombres del Viejo de la Montaña en sus rituales iniciáticos, hombres que luego estaban dispuestos a asesinatos políticos. Se decía que el Viejo de la Montaña tenía tal poder sobre los miembros de su secta que, para demostrarlo a quienes le visitaban, les pedía que se arrojaran al abismo, lo que hacían sin dudar un instante. Tales demostraciones de ascendencia absoluta intimidaban a sus enemigos y se hicieron legendarias en la edad media islámica. La secta de los asesinos. El ser humano era imbécil, carajo. La facilidad con que se dejaba embaucar y se convertía en esclavo de los demás y de sí mismo. Fernando lo

sabía. Fernando había desconfiado de su propia mente desde su adolescencia. Una vez había hallado un término que capturaba parte de su actitud para con su propia mente: frenemofobia. Miedo de los propios pensamientos. Eso de sufrir obsesión compulsiva no podía ser otra cosa. Felizmente estaba más o menos bien estos años. El problema surgía cuando tenía pareja y ahora estaba más solo que la una, como decían los españoles. Celos retrospectivos. ¿Se había visto una afección psíquica más estúpida e irracional, más en discordia con los tiempos actuales? Algún día la vencería, aunque le costara administrarse electroshocks él mismo, metiendo la nariz en los enchufes. Tú también eras esclavo, Carlitos, y lo sabías. Carlitos le pasó el porro, pero Fernando no quiso. Sabía las consecuencias y le afectaba demasiado. Una jalada y allí lo tenían, contemplando las iridiscencias del sol en un vaso de cerveza. Haciendo cualquier cosa, menos tocando la lambada.

-No, gracias, Carlitos, prefiero lucidez para tocar. Si no, me voy a dormir.

-Haces bien, Fernando. Esta mierda es mala para todo. Pero aquí me tienes, metiéndole a los porros todo el día.

-¿Pero no puedes dejar, Carlitos, al menos fumar solo los fines de semana o algo así?

-Quizá algún día, Fernando, cuando consiga un trabajo aburrido y tenga familia y todo eso. Pero a este paso, ni eso voy a tener.

Fernando reflexionó que Carlitos hablaba como si se tratara de una fuerza extraterrestre que lo había secuestrado, como si lo poseyera un demonio. Tal vez existían los demonios, se dijo, solo que ahora los llamábamos de otra manera, entidades cuya manifestaciones físicas se medían en términos biológicos, pero cuya verdadera naturaleza era sobrenatural. Quién sabía. Los científicos eran unos arrogantes, excluyendo toda explicación alternativa. Se acordó de sus años de estudiante de biología, de los ratones que había matado para probar cojudeces. Pobres ratones. Carlitos era un ratón, condicionado a fumar porros como en un experimento, sin salida. Pero en su caso el único investigador sería él mismo y los resultados le llegarían demasiado tarde para hacer nada al respecto.

-Ya déjense de chácharas inútiles y déjalo al Carlitos que se meta su porro, que así toca mejor –intervino Tito, sacando la guitarra de su funda.

-Es cierto, vamos a la primera ronda, Carlitos, los tres nos arreglamos como sea.

La terraza no estaba llena, pero había que trabajar, o los otros músicos se enfadarían y las primeras mangas solían ser las mejores en esta época. Se pusieron a unos metros de la terraza, Fernando con la zampoña, Carlitos con su quena y Tito con la guitarra. Algunos de los parroquianos levantaron la vista para observar con curiosidad, el resto siguió con su conversaciones.

-¿Qué le metemos, compadres? –dijo Tito.

-Comencemos con El Pájaro Chogüí, colegas. Esa canción siempre impresiona –se animó Carlitos. Tocaba esa pieza muy bien, con arabescos de su creación y con gusto medio flamenco. Una verdadera mezcla de ida y vuelta.

-Vale, compadres, entonces dame la otra guitarra –dijo Fernando.

Carlitos había traído la suya, una guitarra pequeña que servía para meter bulla, aguda y cumplidora. Estaba rayada por todas partes, pero exhalaba un sonido flamenco muy apto para las presentaciones en la calle. Comenzaron a tocar, una guitarra con el ritmo, la otra marcando el bajo, buscando los arpegios. Carlitos puso la quena en su boca y se transformó. El hombre acongojado que deploraba su adicción, el muchacho del pelo desarreglado y grasoso, el alámbrico desposeído que había venido a la ciudad a perderse en sus vericuetos y caer en todas sus trampas se transformaba en un semidiós griego o andino que seducía a los mortales con interpretaciones supra lunares que conectaban a su auditorio, si sabía oír, con los arquetipos platónicos. De dónde sacaba dicha fuerza, tal intensidad, esa alegría desprejuiciada con que llevaba la melodía e improvisaba, sería siempre un misterio para Fernando o para Tito o para quien lo conociera en la mediocre vida terrenal y lo viera transmutarse ante sus ojos en cuanto ponía una quena en su boca y soplaba como desde el centro mismo de su ser. Tat twam asi, pensó Fernando, Tú Eres Aquello, la indefinible y eterna fuente de todo ser, el Brahman, lo Absoluto, la Divinidad que anidaba en el centro de nuestros corazones y nuestras almas, la última identidad inaprehensible que era la razón de ser de nuestra pobres existencias ilusorias. Desde allí tocaba Carlitos, pensó Fernando, desde allí Tito cuando se inspiraba, desde allí tal vez él mismo cuando lo invadía el duende poético. Desde allí.

Los clientes de la terraza aplaudieron la música y prestaron atención. Carlitos nunca fallaba. Con o sin porros, la quena era su conexión con la trascendencia y él lo sabía. Su educación musical era nula, jamás había estudiado solfeos o notación, pero nos contó que desde niño aporreaba un tambor que su madre le había regalado para que se entretuviera y tocaba un pianito que aún conservaba y la flauta dulce y una harmónica de juguete y lo que se pusiera en sus manos. Así era mejor quizá, a todos les pasaba lo mismo, ninguna educación formal se interponía entre ellos y la música. Tocaban porque tocaban, no para satisfacer criterios ajenos a su deseo y su pasión. No les apretujaba la mente la necesidad de perfección digital o intelectual. A veces, pensó Fernando, la educación musical clásica era la mejor manera de arruinar una vocación, de quemarle las alas. Nada había de malo en el estudio clásico, pero mucho en la obsesión arrogante de una cultura y modo que se decía superior. De esto había discutido Fernando muchas veces con sus amigos músicos, con sus compañeros de clase de filosofía. No había manera de entenderse unos a otros. A nadie le dicen desde niño que su cultura es la cuna de la civilización y sale indemne. Felizmente Carlitos no escuchó jamás, no pudo escuchar. La pobreza lo había salvado.

-¿Con qué seguimos, compadres? –preguntó Tito, contento con el efecto que había hecho la quena de Carlitos en el público-. ¿Un Cóndor Pasa?

En eso, tronó el aire con la trompeta de los gitanos. Se habían apostado en la otra terraza y comenzado a tocar sin advertirles a ellos. Hijos de la gran puta, pensó Fernando. Tito les había dicho que no comenzaran hasta que tocáramos al menos unas seis o siete canciones. ¿Quieren pelea, carajo? Pues la van a tener, pero mejor lo mandamos al Pintas para entenderse con ellos. Ese compadre no tiene pelos en la lengua y le da todo igual. ¿Por qué será la gente así?

-Putra madre, carajo, los gitanos se han puesto a tocar –dijo Tito.

-Cómo joden con su trompeta, los huevones –siguió Fernando.

-Carlitos, tú que te llevas bien con el Pintas, dile que les diga a los gitanos que se callen por lo menos hasta que toquemos unas cinco, seis canciones –dijo Tito.

Carlitos se rio. Estaba animado por su interpretación del Pájaro Chogüí. Tenía los ojos rojos por el hachís.

-Vale, colega, le digo al Pintas que los ponga bien a esos cabrones.

Carlitos fue adonde se encontraba el Pintas, enfrascado en una conversación con otro colgado, olvidado de su rol de cuidar el turno, del que se habían apropiado los gitanos. Conversó con él y el Pintas hizo un gesto gracioso, golpeándose la frente. Se dirigió a los gitanos, que ya habían puesto la escalera y hecho trepar a la cabra. Pobre cabra, pensó Fernando. ¿Qué vida tendría? ¿Acabarían comiéndosela algún día? Le vino la memoria de la cabrita que les habían regalado cuando él era púber en Lima, llegada desde el pueblo de su madre. Linda la cabrita, amistosa, venía a buscarles cuando iban al jardín, comía de su mano. Se acostumbraron a ella, a sus balidos, a su tranquilidad cuando reposaba. Un día se había caído en el espacio que había entre una puerta clausurada y el cemento que la sellaba, y había balado todo el día, según los vecinos, hasta que se dieron cuenta. Allí la vio Fernando, la pobrecita, encajonada entre la puerta a la vecina y el cemento, pidiendo ayuda. La sacaron con ayuda de una soga, que su tío Humberto había hábilmente anudado. Un día Fernando escuchó sus balidos desde su cuarto, algo más urgentes que de costumbre, balidos que le recordaban a los del hueco en la puerta y corrió a la habitación de su madre y abrió la cortinas y el mundo se tiñó de sangre. Alguien, quizá las empleadas de su casa, o sus tías, o algún desconocido traído para aquel fin, empezaba a cortar el cuello a la cabrita, quien balaba aterrorizada, consciente acaso de su destino final en la olla de su casa. La imagen solo duró unos segundos, porque Fernando no quiso mirar más, cerró las cortinas y se fue a su cuarto a llorar. De alguna manera sabía que aquello ocurriría, pero no había querido pensarlo, había reemplazado, como siempre, la fantasía con la realidad, la fantasía de que quizá la cabrita viviría con ellos para siempre, de que se convertiría en otra mascota más, junto a la gata y la perra y los periquitos y la tortuga y los peces. Pero allí estaba, su cuello cercenado para siempre, la sangre vertiéndose en el jardín, destinada a algún potaje peruano, que no comería.

El Pintas se embrolló en una discusión con el más joven del grupo, mientras la trompeta seguía con su número. Con ese no, Pintas, pensó Fernando, ese seguro que se pone violento. Háblale al señor, que es más razonable.

-Putá, el cojudo del Pintas se va a hablarle al huevón ese -dijo Tito, como leyendo sus pensamientos-. A ver si no tenemos que rescatarlo.

Justo cuando terminó de hablar Tito, el muchacho le dio un empujón al Pintas que casi lo tira al suelo. Qué pasa, colega, se oyó la voz del Pintas hasta donde estaban, al otro lado de la plaza. El Pintas tenía voz de cantante de ópera, le había dicho alguna vez Fernando. ¿Por qué no se dedicaba a cantar? Se había reído y cambiado de tema.

-Tenemos que ir a ver qué pasa, huevón. Nada que hacer, tenía que haber ido yo mismo -dijo Tito, suspirando con resignación.

-Déjame a mí, Tito, tú siempre te encargas de estas cosas. Voy a hablar con el señor mayor.

Fernando se dirigió al grupo de gitanos, cuya trompeta no cesaba de agitar la mañana. El Pintas seguía tratando aún de argüir con el muchacho, sin que este le prestara atención, como desdeñándolo. De pronto, el Pintas dejó de hablar, bajó su mirada al suelo, respiró profundo y se puso justo enfrente del muchacho, quien se había ladeado con la clara intención de molestarle. El Pintas usó entonces su voz de cantante de ópera y le dijo al gitano que le dijera a su colega que dejara de tocar la trompeta, porque no era su turno. El muchacho se rió de él de modo sarcástico, a lo que el Pintas respondió cogiéndole del cuello de la camisa y tirándolo al suelo. La trompeta cesó su estertor metálico y los del grupo se aproximaron al Pintas para confrontarlo. El muchacho se incorporó en el acto y quiso ir hacia donde el Pintas, pero el señor mayor se lo impidió. Los demás hablaban amenazadoramente con el Pintas, levantando las manos, gesticulando. El Pintas parecía otra persona, su rostro enrojecido, su mirada fija y decidida, dispuesto a morir en batalla, pensó Fernando. Corrió hacia la otra terraza a ayudar al Pintas, pero la mirada del señor mayor lo detuvo. Fue a hablar con él, quien le había hecho un gesto con la mirada para que viniera a hablar.

-Por favor, hable con su amigo -dijo el señor, atento a lo que hacían el muchacho y el Pintas-. Parece que se han puesto un poco alterados.

El viejo gitano tenía una voz de barítono, serena y pausada, que le gustaba a Fernando. Asintió con la cabeza y fue a hablar con el Pintas.

-¿Qué pasa, Pintas? Tranquilízate, hombre.

El Pintas seguía arguyendo sobre el incidente, reclamando respeto y decencia, aún con el rostro enrojecido, indignado. Los otros miembros del grupo de gitanos lo separaban del muchacho, que al parecer quería pelear con él. El Pintas notó la presencia de Fernando.

-Solo le dije que por favor respetaran los turnos y el bestia se pone a insultarme, como si fuera basura, colega.

-No le hagas caso, Pintas, es un huevón. Siempre está buscando lío. Vente al otro lado, puedes pasar la manga.

-Siempre es lo mismo, joder, siempre. Solo porque no vengo en traje de moda me tratan como a una mierda. Y un gitano para colmo. Como si el cabrón no tuviera suficientes problemas de discriminación, me trata como a una mierda.

-Así son los gilipollas, Pintas, no hay manera de que aprendan -le dijo Fernando al oído, para que no oyeran los otros.

-Estoy harto, colega, harto de los cojones.

El señor mayor se acercó a donde estaban Fernando y el Pintas y ordenó a los otros que se retiraran.

Fernando le dio la mano y le presentó al Pintas, quien también le dio la mano, calmado al parecer por la presencia del viejo, por su voz tal vez, por su actitud tranquila. El señor se presentó como Don Antonio López.

-Señores, parece que ha surgido un problema con la música, mi sobrino y usted, a quien supongo parte del grupo de sudamericanos.

Fernando apreció sus maneras calmas y su lenguaje. El Pintas respondió.

-No soy del grupo, don Antonio, pero les ayudo en lo que puedo. Yo solo le quise decir a su sobrino que el otro grupo todavía estaba tocando y que por favor esperaran un poco, y su sobrino me empezó a insultar como si fuera un perro.

-Mis disculpas, señor, mi sobrino es impulsivo y, que me perdone su madre, estúpido. Si comenzamos a tocar fue porque nos dijo que tocaríamos alternadamente, una canción cada uno, aunque yo había entendido que teníamos que esperar, después de haber hablado con su compañero. Pero mi sobrino me dijo que al final vosotros habíais aceptado alternar. Lo siento. Vamos a esperar a que terminen y luego seguimos con lo nuestro.

-Gracias, Don Antonio, es un placer tratar con un caballero -dijo Fernando, y pensó que había exagerado la cortesía.

Don Antonio se sonrió. Movi6 la cabeza ligeramente a ambos lados y exhal6 el humo del cigarrillo que estaba fumando.

-C6mo se nota que es usted de otro pa6s, joven. Usted sabe que por estos lares no nos tratan de esa manera, me imagino. Si usted pregunta, todos le dir6n que no son racistas o que no discriminan. En realidad, todos lo hacen. De una manera u otra.

-Vengo de Per6, Don Antonio, donde hay suficiente racismo para exportar.

El Pintas se hab6a tranquilizado y contemplaba el intercambio con melancol6a.

-El peor racismo es el de la pobreza, colegas -dijo el Pintas-. No saben cómo me tratan a mí, aunque tenga aspecto europeo, mis ojitos de ¿cómo decís vosotros? Ah, ojitos de gringo y solo porque no vengo en traje y estoy sucio. Pero lo entiendo, Don Antonio, tiene razón, todos estamos jodidos de una forma u otra.

Don Antonio encendió otro cigarrillo. Un Ducado. Fernando los recordaba, un puñetazo en la garganta. Se había pasado al Fortuna por necesidad. Extrañaba los Premiers de Lima.

-Entonces estamos arreglados, señores. Yo controlo a mi sobrino gilipollas y vosotros tocáis sus canciones y luego venimos nosotros. ¿De acuerdo?

-Seguro, Don Antonio. Lo menos que queremos es hacer problemas. Aquí nuestro amigo ni siquiera pertenece al grupo, solo quería hacernos un favor conversando con ustedes. Es un malentendido y nada más.

-Gracias por su comprensión, señores, pero no es solo un malentendido. O mejor dicho, lo es para vosotros, pero no para nosotros. Mi querido sobrino no va a cambiar. Seguirá como antes y se meterá en problemas, y traficará droga, y se gastará todo en gilipollices, y hará a su madre infeliz, y acabará en la cárcel o abaleado en una acequia y nadie se acordará de él en unos años. Algunos de nosotros lo harán mejor, pero allí tiene usted el patrón que nos condena, señores. Acaban de apreciarlo en carne propia -concluyó con amargura evidente Don Antonio.

-No será para tanto -dijo el Pintas, ya tranquilo.

-Será, señores, pero todo depende de nosotros mismos. Y de cosas que no podemos controlar, como la sociedad. Sin embargo, podemos tocar como gente decente y acordar turnos ¿no es así?

-Por supuesto, Don Antonio -dijo Fernando, impresionado por sus palabras-. Si quieren toquen primero, no hay problema.

-No señores, lo que es justo es justo. Sigán con su música y nos avisan. Que tengan un buen día de trabajo, señores.

-Lo mismo, Don Antonio -dijo Fernando.

-Igual -se unió el Pintas.

Mientras caminaban hacia el otro lado Fernando le preguntó al Pintas si sabía algo de Don Antonio. La manera en que hablaba, sus maneras, su actitud comedida y serena le habían impresionado de nuevo.

-No es cualquier gilipollas, Fernando. Por allí escuché que había estudiado, pero que tuvo que ponerse a trabajar por su familia. Ocurre en todas partes, joder. Mírame a mí, con un par de años de universidad y hecho un colgado -dijo con amargura.

Fernando lo miró de reojo, con compasión. No sabía qué hacer en estas ocasiones, y dudó si abrazarlo, decirle algo amable o callar. Prefirió lo último, aunque exhaló

despacio como reconociendo lo que el Pintas decía. Mírame a mí también, Pintas, atascado con los estudios, sobreviviendo como fuera, con demasiado orgullo como para pedir ayuda a Perú o rogar que me enviaran un billete de avión que acabara con esta precariedad y mis sueños europeos de sudaca cojudo. Pasando la manga. ¿Crees que esta fue mi intención al venir a Europa? País de mierda, carajo, el Perú: terrorismo, inflación, droga, presidentes ineptos o corruptos. Se cargaron a mi familia y a muchas. ¿Qué pasó con tu vida, Pintas? ¿Algo tan simple como dejarse llevar por la ociosidad, la dejadez, la negligencia? ¿O tan complicado como quieren algunos psicólogos, con sus complejos, deseos inconscientes, educación traumática, falta de cariño? Que se vayan todos a la mierda con sus teorías. Había que ponerse las botas o los llanques y seguir caminando. La autocompasión, el peor veneno.

Llegaron donde los otros y explicaron lo ocurrido.

-A ese gitanito le van a meter un pinchazo uno de estos días –predijo Tito-. Si sigue así, se va a encontrar con la horma de su zapato.

-Olvídense del chaval, compadres –intervino Carlitos, los ojos enrojecidos y medio adormilados por el porro-. Vamos a tocar o se nos va la manga.

-¿Qué le metemos ahora? ¿Un Cóndor Pasa? –preguntó Tito, acomodándose la quena y dejando la guitarra en el suelo, sobre su funda.

-Listo, un condorito para la exquisita audiencia –replicó Fernando, mirando las mesas de la terraza.

Una pareja de extranjeros se acababa de sentar, americanos al parecer. En verdad que algunos parecen camarones, pensó, de lo rojos que eran. ¿Y por qué tan obesos? Fernando estaba convencido de que estas cosas se contagiaban, se copiaban, se reproducían en la sociedad, la gordura o la tendencia a tener un tipo de cuerpo. Se acordó de los campos morfogenéticos de Sheldrake. La biología o la psicología estaban todavía en pañales. Los americanos pidieron algo al camarero que se les acercó, pusieron sus mapas sobre la mesa y se pusieron a buscar en ellos, quizá la ubicación de los lugares que les habían dicho que tenían que visitar si es que querían decir que habían estado en Madrid. La terraza estaba a medio llenar, pero iba llegando gente. Una familia intentaba hacer comer a un niño de unos cinco años, que rehuía con gracia lo que le ponían en la boca. ¿Por qué se habían vuelto los padres tan cojudos? Un sopapo y adentro, pensó Fernando. Eso es lo que hubieran hecho sus padres, además de recordarle que en ese mismo momento había millones de niños hambrientos que no gozaban del privilegio de bocado alguno, y que rechazar comida, cualquier comida, era pecaminoso y equivalía a pactar con el mismísimo diablo. Comidas con aire de teodicea. Se acordó de una ocasión, cuando tendría unos 5 o 6 años, en que le habían servido algo que no le gustaba, tal vez carne llena de nervios, o betarragas, que hasta ahora detestaba. No recordaba los detalles del episodio, pero sí que después de negarse varias veces y escuchar repetidamente que comiera sin quejarse, cogió su plato, lo suspendió unos instantes a su lado con el brazo extendido y lo soltó. El ruido debió haber asustado a los demás, y solo podía